

# ROCAMORA

---

Autor: ALEJO CARBONELL

---

*cuando hela sobre barro, llueve*

Vaca Bevacqua

El cementerio es la tranquera  
y ahora que lo dejamos atrás  
vemos como se despereza  
lo que queda dentro de la comarca

–la ventanilla empapada  
la cortina bordó  
como nosotros  
más oscura por dentro–

la calle ancha anaranjada  
por el sol tocando la fronda todavía.

En la terminal no hay remises  
y lo sabía antes  
de abandonar el estribo

ahora que vivo en una ciudad  
que la lluvia no cubre completamente  
puedo jactarme  
de conocer estas verdades inservibles

rocamora  
una palabra compuesta  
que a mitad de recorrido se hace peatonal

derecho nomás  
hasta ver el puerto  
en un rato abren los negocios.

Una mujer sacude palmeras  
y recoge el yatay que se desprende  
tiene una pollera larga de jean  
y ojos europeos  
que escrutan con vergüenza  
los perros marrones que la acompañan  
y un hijo  
probarán de ese dulce

a la derecha el banco:

no parece

pero siempre estuvo ahí.

Los ochenta transcurrieron en tres bares

lo morend y lo filipini

sobre rocamora

y el bandera verde

que no necesitaba dirección

en este boliche se comía de parado

al lado de la parrilla

el camboyano recibió una mano

que le llenó de lechuga la oreja

y se suspendió la pelea

el bocha le sacaba las tiras verdes con un trapo:

“perdoná loco, tenía tanto hambre que no solté el sanguche”

al lado está el pelotero

pero antes en ese terreno

había canchas de paddle

y antes

vivió lópez jordán.

En urquiza y rocamora

–veníamos por rocamora, pero

se nombra primero a urquiza

no por chauvinismo, sino por elegancia–

de impecable blanco frigorífico

ríos lee el diario

con sus gruesos lentes

y sus gruesos bigotes

a mitad de cuadra

pintaron un mural

con la cara del chilo zaragoza

y es justo exigirles

que a partir de ahora

esta historia fragmentada

que baja una línea

cada cuatro o cinco palabras

sea leída

con ese fondo de pantalla

pudiendo omitir

si lo desean  
el nombre del diario  
que está hojeando nuestro héroe.

Cruza una señora  
aferrada a un paquete  
a los siete años estuvo toda una tarde  
subida a un árbol del chaco  
con un jabalí paciente debajo  
nerviosa a los nueve  
en la estación de trenes de santa fe  
esperaba a su tía con un tapado rosa  
para que la reconociera  
a los diez se subía a un banquito  
en la heladería  
para llegar hasta los tachos  
y lavarlos  
a los veinticinco con un palo  
enfrentó a los tacuara  
en la calle y golpeó a un hombre  
el hombre era su padre.  
Ella es mi madre.

Mi madre es un libro  
mi padre es un libro  
juntos son un almuerzo  
o las vacaciones en tanti.

Pasa una bicicleta  
rumbo a los barrios del balneario  
la cámara seguirá su recorrido  
primero con un plano de las ojotas celestes

–muy pocos logran  
un movimiento circular  
perfecto al pedalear  
sin producir un accidente, leve,  
cuando el tobillo  
arriba  
se esfuerza–

y el dobladillo del jogging  
el ruido no viene de la cadena  
sino de una tira de plástico

que toca los rayos:

un cencerro de mi ju

acompañando al baqueano.

Luego, en una toma en movimiento hacia atrás

los cabellos teñidos

la bolsa de los mandados

con la cuchara nueva

para que el albañil de la casa

termine la pieza

donde irá el piano

hace cien años que la familia canta

antes

frotando la mugre contra las piedras del río

ahora el albañil canta y canta

la peluquera

y la casa se modifica

todos los días.

En la esquina de la plaza

hay un pingüino despintado de lata

invitando a tomar helados

y sólo la sorpresa

lo hace atractivo.

Otra vez

urquiza y rocamora

ríos ya se fue al mercado

queda la serpiente roja

alcanzada a medias por el sol

—paraavalanchas guardaganado—

sin bicicletas todavía.

No voy rápido:

las cuadras tienen setenta metros.

El umbandismo es barrial

y gusta del agua

por eso

en donde estaban los cines

hay salones

pero no iglesias.

Empiezo ahora



porque falta poco

Los panaderos anarquistas

se reunían en el despertar obrero:

hubo huesos dentro de ese horno.

También hubo biblioteca

villafañe donó libros

que calveyra leyó

con la luz de la mañana.

El obrero no despertó.

Los libros fueron donados

a una escuela

y quemados en los noventa

porque ocupaban lugar.

Acá

acá estaba el despertar obrero

en el horno encontraron huesos humanos

pero las cenizas de los libros

estaban en la normal.

Vamos hacia el este  
aún queda una pequeña loma para ver el río  
un horizonte al alcance de la mano

en este salón el vino  
se tomaba  
con una soda de burbujas gruesas  
los viejos del asilo cagaban alegremente  
al gurí del kiosco con el vuelto  
y una vez le hicieron comer el papel  
con la quiniela clandestina  
al grito de policía.

Ni bar ni viejos  
ni bochas  
ni asilo ni quiniela  
apenas el empleado del kiosco  
los domingos da vueltas a la plaza  
el asiento de atrás lleno de hijos  
su mujer era preciosa  
digo era  
todavía vive.

En los porros adolescentes  
creíamos ver un anillo de saturno entrerriano:  
el horizonte cerca  
y un poco más arriba  
una manga de metal gris  
por donde el granero  
despachaba al mundo  
pero eran noches  
en que caminábamos sobre el vapor del frío  
discutiendo ideas  
“un hombre es una idea”  
decía huguito  
y el camboyano como una sentencia  
completaba  
“y también una bala”.

*De Rocamora (Recovecos, 2008)*